CARTA

DE FLORA Á JACINTO.

ATROCIDADES FRANCESAS

Y

CONTRASTE DE LOS AFECTOS

MAS INTERESANTES AL PECHO ESPAÑOL.

POR

D. DOMINGO HERAS IBARRA.

VALENCIA
POR MIGUEL DOMINGO,
plaza de San Juan.

Ya que la ausencia bárbara me impide
mis flacos brazos, á tu dulce cuello
juntar, Jacinto, y escuchar no puedes
de mi voz débil los sensibles ecos,
estos breves renglones mal formados,
mis duras penas contarante tiernos.
No porque ausente de tu vista vivo,
el ayre ocupo de fatal lamento,
que humana vida conformarse debe,
con el destino que le impuso el cielo;
otra es la causa que mi pecho altera
que dolorida referirte intento,
y ojala pueda mi agitada pluma,
mover de modo tu amoroso pecho,
que al punto corras, y el robusto brazo
armes de duro, relumbrante acero,
y con furiosos, repetidos golpes,
sañudo vengues enemigos hechos.
Vimos un dia lóbrego, y elado,
del agitado, tembloroso invierno,
quando el silencio de la obscura noche
aun nos tenia en el mullido lecho,

que una voz vaga, temorosa dice"
ya, ya se acerca el enemigo fiero;
El Francés viene con osada furia,
cuitada gente ¡miserable Pueblo!
Quando las aguas detenidas rompen
del fuerte dique el fatigado freno,
¿no ves que baxan por el hondo valle,
causando horrendas clamoroso estruendo?
Así los gritos detenidos antes,
salen las anchas plazas aturdiendo;
y qual rebaño que espantado corre,
todos caminan hácia el bosque espeso.
Yo presurosa corro á la ventana,
y despues que la escena triste observo,
vi á nuestros hijos que apacibles duermen,
vivir tranquilos sin algun recelo;
entre cuidados los dispierto activa,
y al fiel Eduardo, que los salve, entrego:
yo con pisadas temerosas sigo
sus cortos pasos con girar incierto.
Confusa el alma, dividida queda.
entre encontrados, tímidos afectos;
mi amada casa, de mi industria fruto,
mis bienes claman, y el patricio techo
me atrahe blando, mas mis hijos huyen,
y me es forzoso caminar tras ellos.
Al campo salgo, la trompeta bronca
el ayre llena de horroroso acento,

de los caballos el ruidoso paso
con ansia escucho, redoblado el miedo;
me esfuerzo flaca, asombrada huyo,
en tal conflicto, en tamaño aprieto,
hácia un ameno delicioso valle
camino libre con forzado aliento.
Allí una granja de tu amigo Enrique
tranquilo alivio del cansancio veo,
llamo á la puerta, do medrosos abren,
preguntan todos, quando hablar no puedo.
Entre los muchos que en aquel recinto
vi guarecidos, á tu hermana encuentro.
De gozo llena del felice hallazgo,
el sobresalto rigido entretengo,
y espero inquieta que el Francés tirano
vuelva la espalda al apacible suelo.
Siempre los males repetidos vienen,
por eso es vano mi infeliz deseo.
Viene el sosiego por la oculta gente,
y quando calma el miserable anhelo,
viles soldados de enemiga tropa
feroces llegan con indigno aspecto,
la granja ocupan, y aturdidos todos,
unos se salvan, yo con otros quedo.
¿Viste las sombras, quando aprisa baxan,
y ocupan negras todo el universo,
como los prados los floridos campos
antes lucidos quedan macilentos?

Así nosotros á la infame vista
de aquellas fieras, un obscuro velo,
suspensa el alma, nos dexó embargado
el débil ánimo y el aliento yerto.
Con voz confusa que ninguno entiende,
entre sí forjan bárbaros intentos:
tu triste hermana, tu infeliz esposa
en sus acciones su osadía viendo,
gimen rendidas, y postradas piden,
que no se ultraje su angustiado cuerpo;
pero furiosos, ni el clamor atienden,
ni escuchan llantos, ni sentidos ruegos,
su pasion vence, y el honor arrastran,
y son testigos los paisanos nuestros.
Al acordarme del infausto caso,
helados quedan mis cansados miembros,
y mas me turba la memoria impía,
la horrible idea del Francés perverso,
su mirar torvo, su intencion dañada,
su rostro ayrado, sanguinario gesto.
Las rudas fieras que en la oculta selva
tranquilas hacen su ordinario asiento,
tal vez defienden con clemencia rara,
al solitario, mudo pasagero;
pero esta turba que su patria ignora,
que desconoce del sagrado cielo
las fuertes leyes, atropella osada
la ley de gentes con infiel desprecio.

Permite, esposo, que interrumpa un rato
el hilo débil del cruel suceso,
mientras te digo las costumbres feas,
que yo imagino del Francés grosero.
Los mas nacidos de linage obscuro,
en siglo torpe, de anarquía envuelto,
quando la Francia sin cabeza ardia
en guerras, riñas, y desabrimientos,
naturaleza depravada sola
y el vicio fueron su primer maestro:
por eso ignoran los preceptos santos
de un ente sabio, justiciero y recto;
por eso viven á su libre antojo,
por eso arrostran los mayores riesgos;
regla el capricho su pasion infame,
la maldad reyna soberana en ellos.
Al fin cansados de su misma infamia,
á unirse marchan con sus compañeros;
tristes quedamos por las penas nuestras,
y por su ausencia de alegría llenos.
Partime al bosque por hallar mis hijos,
mis graves penas y mi sentimiento
mostrando á todos con confusos ayes.
que ahogados salen de afligido pecho.
Llego, y las matas intrincadas piso,
camino á tientas, y entre mil tropiezos
á una pradera deliciosa salgo,
donde á tu padre, ¡desdichado viejo!

sí, vi abatido, y al mirarme ansioso
álzase, y llega inclinado al suelo;
tiende los brazos, que agoviados tiene
de muchos años el penoso peso,
me abraza dulce, y su amable llanto
por mis mexillas deslizarse siento.
Júzgame triste, con palabras blandas
en mi alma intenta derramar consuelo.
Su hijo Jacinto, su Jacinto amado,
le ofrece fixo y eternal recuerdo;
si aquí estuviera ::: dónde me pregunta
¿están mis caros, mis amados nietos?
¿Están en salvo? ¿Puedo yo besarlos?
La imágen veo de Jacinto en ellos.
Respondo pronto que en su busca marcho,
y de tu hermana nada le refiero.
»Vamos al punto, vamos presurosos,
gozoso tornen su querido abuelo"
así me dice, y por la estrecha senda
dirige al punto su encorbado cuerpo;
anda mas vivo que su edad promete,
y ya cansados de cruzar senderos,
entre unos robres, á distancia larga,
subir el humo por el ayre vemos.
Allá se inclina el perezoso paso,
entre terrores, sobresalto y miedo,
vuelve la vista el agitado anciano,
quando las ramas estremece el viento,

hasta que vemos la medrosa gente
en torno puesta del ardiente fuego.
¿Se fue el tirano? nos preguntan unos,
¿Venis ahora del cuitado Pueblo?
Á mí se acerca Eduardo y dice:
venid, Señora, ved vuestros hijuelos,
que mansamente los placeres gozan,
que su descuido proporciona en ellos.
Quál fue mi gozo? quál el regocijo
de tu buen Padre, referir no puedo.
La verde yedra no tan presto ciñe
el cipres alto, y el robusto fresno,
como dispiertos nos ciñeron ambos
con sus bracitos, enlazando el cuello.
Amada madre, me preguntan ambos,
¿y los Franceses vienen á cogernos?
Que no les digo, y respirando alegres
sentidos muestran con sus cortos dedos,
que agudo abrojo, y espinosa zarza
los pies menudos con rigor hirieron,
con fiel caricia, cariñoso alhago
tranquilos quedan su dolor sufriendo,
yo de la noche la inclemencia cruda
que llega apriesa, á presentir empiezo.
¡O que intemperie! El insufrible frio
quánto nos hizo desear el techo
de nuestra casa, cuyo abrigo amable
todos lloramos con sobrado exceso!

El dia viene, los tiranos marchan,
vanse los hijos del profundo averno.
¡Dichoso instante! los hogares patrios
veloces todos á ocupar volvemos;
vamos de espacio recelando engaños,
que en los Franceses nunca fueron nuevos.
¿Viste tu casa de opulencia llena,
do puso el arte su pulido esmero?
La blanda cama, la pintura bella,
el fino mueble, y el bruñido asiento
ya son despojos, descompuesta ruina,
que derrotaba su furor severo:
árido escombro, desnudez es todo
lo que miramos en el vasto Pueblo.
Se afana, y cansa el Labrador honrado,
se privan todos del comun sustento,
mas nada mira el enfadoso Galo,
la guerra pone donde no hay derecho.
Sufrible fuera como no causara
mayor desastre su intratable ceño,
pero prevente de entusiasmo santo,
si he de decirte, en el sagrado Templo
como profana la insolente tropa
las sacras aras al Señor supremo.
Las altas puertas quebrantadas yacen,
y son tizones de apagado incendio;
las dignas mesas, donde sacrificios
recibe siempre nuestro Dios eterno,

despedazadas por la dura tierra,
muestran el crímen, y el infiel desprecio.
Ves las efigies de los héroes grandes
que á Dios amaron, su pasion vencieron,
están postradas, degolladas unas,
cortadas otras con pesado hierro.
Los puros vasos donde Dios habita
robados llevan, y el divino cuerpo,
¡qué horror! hollado y abatido queda,
¿cómo lo escribo? ¿cómo lo refiero?
Y aun en las naves asqueroso establo,
de inmundas bestias con vileza hicieron.
El fiel Ministro que se humilla y ruega,
que ordena cantos, conque el Ser inmenso
freqüente aplaca, con ardiente rabia
es perseguido, y en su sangre envuelto.
Aquí Jacinto, mi turbada pluma
seguir no puede, porque desfallezco:::
Ya descansada mi angustiada mente,
á referirte mi sentir empiezo,
¿Verase ahora Español ingrato,
que habiendo visto de su Patria el riesgo,
cobarde dexe la osadía impune,
conque le aflige el ambicioso Imperio?
¿Si los gentiles se juzgaban héroes,
quando la vida por su Patria dieron,
los Españoles que asombraron antes
con sus hazañas todo el universo,

indiferentes miraran acaso
tales injurias, tales menosprecios?
Si no le mueve la oprimida Patria,
su Rey amado con engaños preso,
de su Dios grande y Religion sagrada
el alto nombre muévalo á lo menos.
¿Sus santos ritos quién verá burlados,
que no se oponga con gentil denuedo,
la espada saque, y al Francés embista.
y el laurel ciña que ganó venciendo?
¿La Nacion grande, generosa y firme
que vencio siempre, vivirá sufriendo
que la doncella, la Española honrada
despojo sean del Francés soberbio,
y si á nosotros, mi Jacinto amado,
aun nos miramos con algun aprecio,
¿cómo vestidos de venganza justa
á la pelea no nos moveremos?
Si aman los hombres de sus dulces padres,
de sus hermanos, y de sí el sosiego,
su quieta casa, sus dichosos bienes,
ganado todo con sudor intenso,
¿por qué no corren, y del hondo valle,
del campo llano y empinado cerro,
juntos impelen la francesa plaga,
con el valiente y horroroso trueno?
¿Será mas duro en obstinada lucha,
en fuerte ataque perecer venciendo,

de nuestra Patria, de nosotros mismos
la libertad gustosa sosteniendo,
que morir luego, y oprimido esclavo,
por el capricho de un tirano necio,
girar vencidos al elado Norte,
dobladas penas, y dolor teniendo?
Y aun encontramos que se venden viles
al enemigo, Españoles ciegos;
traydores quieren con mañoso engaño
poner la España en largo cautiverio.
Exhorta siempre á sacudir el yugo,
mi tierno esposo, mi Jacinto dueño,
haz que reparen que el tirano orgullo
siendo Monarca no se ve contento;
por su conquista déspota se juzga,
y sus antojos reglan á los Pueblos.
Libre el soldado, al vasallo humilde
roba los bienes que sus ojos vieron,
y no se queje, porque la conquista
ya le autoriza, porque puede hacerlo.
¿Quánto es mas noble, que oprimido escla-
vivir penando ser triunfante muerto? [vo
Por fin Jacinto, mi adorado esposo,
ves las angustias porque yo padezco,
ves á tu hermana, tu ofendido padre,
y maltratados ves á tus hijuelos;
tu casa y bienes destruidos miras,
te ves tu mismo al rigor expuesto;

pues toma el arma , las injurias venga,
y contribuye á que el nombre excelso
de nuestra Patria decoroso sea,
y se bendiga por el orbe entero;
á tus amigos eloqüente mueve,
haz que peleen con furor guerrero.
Vuelve á mi vista , mi sosiego dulce,
porque yo calme mi angustiado pecho,
mas ven si puedes de laurel ornado,
del Francés coge , guarda algun trofeo,
por si podemos disfrutar alegres
mas apacibles y gustosos tiempos.